



# Un libro basado en el día a día del MNCN

Fernando Arnáiz, guía voluntario del MNCN y autor de novelas como *Fénix* o *Cien locos conocí*, nos descubre cómo nació su última creación literaria, un libro basado en las anécdotas vividas por los educadores y voluntarios del Museo Nacional de Ciencias Naturales mientras acompañaban a jóvenes y mayores en sus visitas al museo. El libro, publicado por la editorial de divulgación científica Next Door, da respuesta a preguntas tan sorprendentes como divertidas y oportunas.



Fernando Arnáiz\*

\* El autor estará el viernes 17 de septiembre de 2021 de 18 a 19 horas en la caseta 261 en la Feria del Libro de Madrid



Recorrer las salas de un museo de historia natural de noche provoca una mezcla de intensas sensaciones. La luces atenuadas, los altos techos, el silencio envolvente roto únicamente por el eco de tus pasos... te transportan, si cierras los ojos, al interior de una catedral.

Una catedral en la que las estatuas de los santos han sido sustituidas por las figuras de los animales naturalizados; y las capillas y los retablos, por las salas dedicadas a las exposiciones temporales, los dioramas y los carteles explicativos. Es un lugar que invita a la meditación. Y que impone.

Das un paso, luego otro, lentamente, examinándolo todo con la mirada. Un escalofrío recorre tu espalda, los pelos de tu nuca se erizan: alguien, algo, te observa. Durante un instante eres incapaz de moverte. Vuelves entonces la cabeza, con cautela, y te encuentras con la mirada impasible de un tigre de bengala. Parece observarte fijamente con sus falsos ojos vidriados; sientes que su ceño se frunce, su boca se estira dejando a la vista los potentes colmillos y sus patas se flexionan, presto a saltar sobre ti.

Unas voces lejanas te hacen volver la cabeza, rompiendo el embrujo, despertándote de la ensoñación. Si nos sucede a nosotros, los adultos, ¡cómo no ha de sucederle también a los niños! Están convencidos de que los animales les miran, que se han movido, que están vivos, incluso.

—¡Que sí, que sí! ¡Que está vivo! —dice un niño de ocho años con los ojos abiertos como platos—. ¿No ves que tiene mocos? —Y señala la aparentemente húmeda nariz de un lobo.

Vitrina con un grupo familiar de lobos, de noche, en el MNCN, Fernando Arnáiz

*“El libro utiliza como hilo conductor las anécdotas vividas por los guías del Museo para dar respuesta a las increíbles preguntas que nos plantean los visitantes. Preguntas que, sin duda, merecían ser respondidas”*





Fósil de ictiosaurio con su cría, en el MNCN. Fernando Arnáiz

*“No debería resultarnos extraño que los niños consigan, con sus preguntas, muchas veces insólitas e inimaginables, dejar apabullados a la más avezada educadora o al más curtido de los guías voluntarios”*

¡Quién tuviera aún una imaginación como la suya! Su mente está menos condicionada, son más influenciables, están más abiertos a las nuevas experiencias, a las nuevas ideas, y son capaces de plantearse cuestiones que a los adultos jamás se nos pasarían por la cabeza. No debería, por tanto, resultarnos extraño que durante las visitas que realizan al Museo Nacional de Ciencias Naturales (MNCN-CSIC), consigan, con sus preguntas muchas veces insólitas e inimaginables,

dejar apabullados a la más avezada educadora o al más curtido de los guías voluntarios.

Fue a raíz de una de estas preguntas como surgió la idea de escribir *¿Se tiran pedos las mariposas?*. Un día me encontraba con un grupo de escolares de entre ocho y nueve años años viendo un fascinante fósil de ictiosaurio que se encuentra en la parte expositiva dedicada a la evolución del MNCN. Los ictiosaurios poblaron nuestros

mares durante más de 150 millones de años y su aspecto nos recuerda, en cierta manera, al de los delfines. El fósil expuesto en el Museo tiene algo más de dos metros de longitud, corresponde a una hembra, y nos permite apreciar, en medio del vientre, un pequeño ejemplar de ictiosaurio. Al principio, los científicos pensaron que se trataba de un ejemplar joven que había sido devorado por el adulto, es decir, presumieron que los ictiosaurios eran caníbales.



Antilope sable negro y huevos de moa gigante. Vitrina que le hizo preguntarse a un niño: “Pero esta cabra... ¿pone huevos?” Imagen original: Jesús Muñoz / Servicio de Fotografía MNCN

Pero en 1880, el famoso paleontólogo británico Harry G. Seeley llegó a la conclusión de que eran vivíparos, no ovíparos (ahora se sabe que son ovovivíparos). Y que, por tanto, este pequeño ictosaurio no había sido canibalizado. Era, simplemente, un feto.

Aquel día, mientras la mayoría de los niños del grupo se afanaba intentando distinguir el pequeño ictosaurio entre la maraña de huesos de la madre, uno de ellos parecía preocupado por un asunto bien diferente. Tras pasar un buen rato examinando la parte trasera del animal, se volvió hacia mí y, con gesto serio, me preguntó:

*“El libro nos permite conocer, entre otras muchas cosas, qué animales sufren de flatulencias, cuánto cuesta el esqueleto de un tiranosaurio, los secretos de la taxidermia o los más absurdos robos cometidos en los museos de historia natural del mundo”*

—Pero ¿dónde tenían el culo?

«¡Tierra, trágame!», pensé.

Aunque no debería haberme extrañado la pregunta, porque la preocupación de los chavales por lo escatológico y el sexo es algo muy recurrente. Bueno, y entre los adultos, las cosas como son. En mis días por el museo he encontrado desde el adulto que te pregunta ‘cómo se lo hacen los calamares gigantes o los australopitecos’, hasta los niños que se pasan la visita agachándose y mirando la entrepierna de los animales para ver si son machos o hembras; o los que se parten de risa, en grupo, al verle el sexo a un chimpancé colgado de la rama de un árbol... Claro que hay que disculparlos porque, dada su estatura, les queda a la altura de los ojos

Al regresar al edificio principal, mientras compartía con uno de mis compañeros cómo había ido la visita, este me respondió: «¡Pues si te cuento lo que me ha ocurrido a mí...!». Y pasó a relatarme una divertidísima situación. Aquello hizo que, unos días después, me viniera a la mente la idea de escribir un libro que utilizase como hilo conductor las anécdotas vividas por los guías voluntarios y los educadores del Museo para dar respuesta a las increíbles preguntas que nos plantean los visitantes, especialmente los

más jóvenes. Preguntas que, por sorprendentes que puedan parecer, no dejan de tener una cierta lógica y para las que, muchas veces —somos mortales a fin de cuentas— no disponemos de respuesta. Pero preguntas que, sin duda, merecían ser respondidas.

Cuando por fin compartí mi propuesta, fue acogida con enorme entusiasmo por todos. Desde los voluntarios hasta los educadores y responsables del Museo, todos querían participar, aportar su granito de arena. Empezaron a escarbar en lo más profundo de sus recuerdos, dispuestos a recuperar cualquier anécdota simpática, cualquier pregunta increíble que les hubiesen planteado en los muchos años que llevaban desarrollando esta maravillosa y gratificante labor. Pronto me encontré con más de cien increíbles anécdotas y preguntas de todo tipo. Y con el conocimiento de todo el personal del Museo a mi disposición para poder darles respuesta: no solo el de los voluntarios y los educadores, sino también el de los responsables de las exposiciones, los conservadores, los encargados de las colecciones, archivos y fondos bibliográficos, los investigadores... Una oportunidad única.

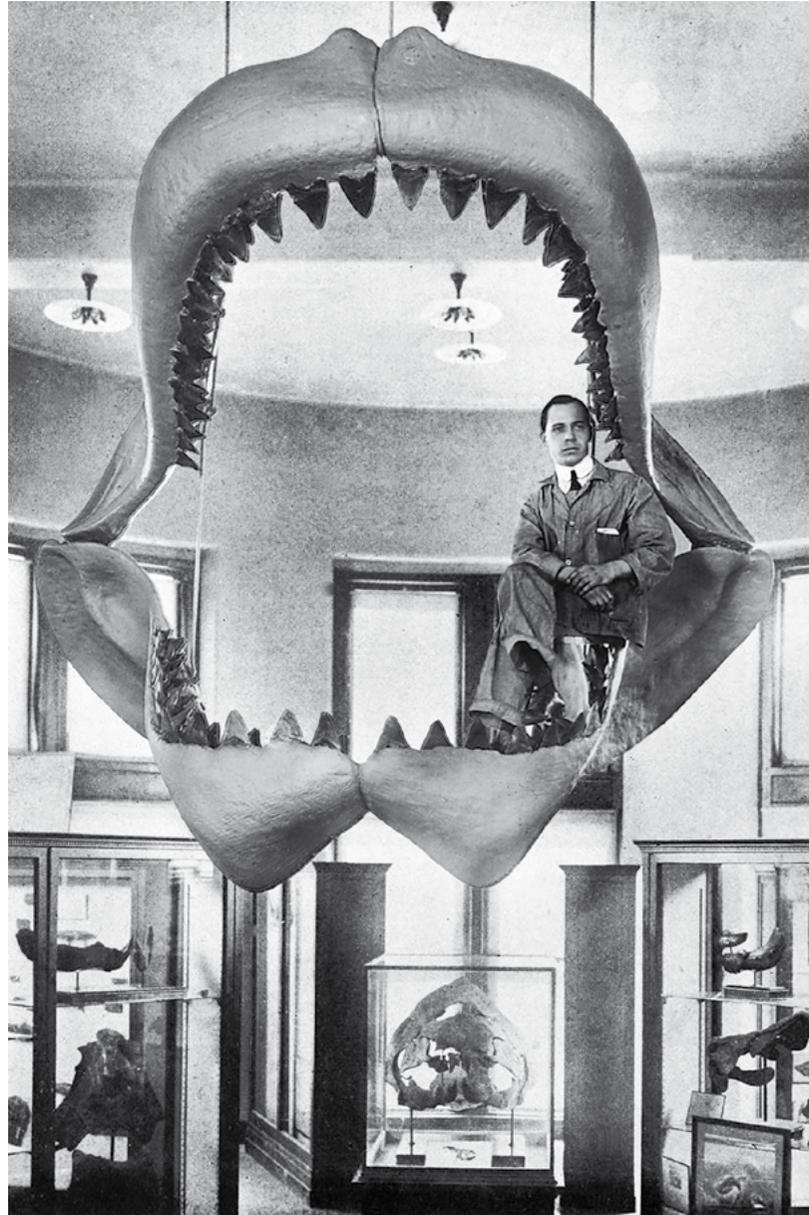
El libro se estructura en doce capítulos que pueden leerse de forma independiente, agru-





pados temáticamente. Los once primeros usan como hilo conductor las anécdotas vividas en el museo y nos permiten conocer, entre muchas otras cosas, qué animales sufren de flatulencias en el reino animal; dónde se puede comprar un tiranosaurio y cuánto cuesta; cómo funciona el mercado negro de los fósiles; cómo se alimenta a un oso hormiguero en cautividad; qué es el canibalismo sexual; cuáles han sido los usos cosméticos del arsénico; las aventuras de piratas y naufragios en que se vio envuelto el fundador del museo; cómo se siguen momificando mascotas hoy en día; cómo se sabe a qué dinosaurio pertenece un hueso fósil; cuánto podían llegar a medir las mandíbulas de un megalodón; cuáles han sido los robos más sorprendentes y absurdos perpetrados en los museos de historia natural de todo el mundo; los secretos de la taxidermia; los animales de leyenda; la sorpresa de algunos visitantes adultos al enterarse por primera vez de la teoría de la evolución o la conexión del museo con el universo Harry Potter. El último capítulo está dedicado a los efectos de la pandemia de Covid-19 en el Museo.

Hombre sentado en las mandíbulas de un *Carcharodon megalodon* (1909). Museo Americano de Historia Natural



Si le gustan los libros de divulgación, desea conocer aspectos desconocidos para la mayoría sobre los entresijos de un museo de historia natural, de las piezas que lo componen, de las especies animales que pueblan sus salas y de las anécdotas que jalonan su historia, y ha soñado alguna vez con tener a su disposición un ejército de voluntariosos guías, educadores, científicos, investigadores e historiadores entregados, conducidos por un cicerone decidido a mostrarle todo ello de una manera entretenida e incluso divertida, no deje de leer este libro.

Tengo que agradecerle a Santiago Merino Rodríguez, el hasta hace poco director del MNCN, el haber escrito un prólogo tan maravilloso. Les dejo con las palabras finales del mismo:

«En estas páginas podrán ustedes sumergirse en las salas de los museos con la curiosidad de una niña y la sorpresa de un adulto, para descubrir múltiples aspectos que quizás se les habían pasado por alto cuando pasearon por nuestras salas. Después de leerlo, estoy convencido de que querrán volver a visitarnos, para escudriñar de nuevo las vitrinas y comprobar que el mejor modo de aprender es dejar que vuele la imaginación. Créanme: disfrutarán con cada página y, sobre todo, aprenderán muchísimo. No dejen nunca de ser curiosos» ■

